

Antes

currió un martes. Supongo que en una película se habría oído un «bum», pero en mi caso no lo hubo. Ni bum, ni bang, ni tap ni crac ni chasquido alguno, ningún parpadeo de una estrella fugaz en una clase de historia ni nada semejante. Se supone que cosas como esta no pasan en martes. Primero historia, y luego arte; no esto. Me estremecí en cuanto lo vi, pero lo raro es que también me fijé en el tiempo que hacía: caía una ligera y grisácea cortina de lluvia más allá de las desportilladas y viejas rejas, más allá de los árboles enjutos y llenos de marcas.

Fue como el momento de un sueño en el que ves que va a ocurrir algo, algo malo, algo que nunca debería pasar, y tus huesos se vuelven pesados, y te cuesta levantar los pies, mientras que cualquier aviso que intentes darte, como gritar a través de la niebla, se vuelve demasiado vago para que sirva de algo.

Si hubiera sido un sueño, habría sido mejor.

¿Cómo habría que llamarlo? ¿Un pistolero? Parece dramático, especialmente en la historia, pero era un pistolero.

En el otro lado de la calle, quizá unos diez pisos más arriba, complacido con su primer tiro, monta, amartilla y vuelve a cargar. Un pistolero servirá. «Bien. Arriba. Vamos». Palabras cortas que transmitan tranquilidad. Rápidamente: «Ahora, por favor». De repente, estoy en el medio de la habitación. Parece que aquí puedo hacer algo realmente bueno, pero ¿puedo hacerlo? Me giro y repaso los pisos de nuevo, lo encuentro.

Se está riendo. Su compañero, también.

«¿Qué? ¿Adónde?», dijo alguien, quizá Jaideep, o tal vez ese del pelo, cuyo nombre nunca recuerdo. Ya sabes cuál. Ese al que los profesores llaman Superfly. Instintivamente me pongo delante de él, como su protector a sueldo, como si se hubiera puesto en el punto de mira simplemente por formular una pregunta al profesor.

—Hall —fue lo mejor que conseguí decir, antes de preparar la nuca para el ataque, mientras mi calma fingida se debatía entre luchar o huir—. Arriba.

—¡Eh! —dijo otra persona—, ¡eh!... —Y vi el terror en sus caras, mientras luchaban por comprender lo que estaban viendo, lo que quería decir.

—Bien, ahora, por favor, Anna. Por favor.

—Profesor... —Se notaba el temblor de su voz.

El miedo se extendía, y rápido.

«Fuera de la puerta».

Ahora se movían, impresionados y con rapidez, con la misma con la que se extendían las noticias por la escuela. Con la misma rapidez que la policía necesitó para llegar con sus propias pistolas, coches y perros, sus cascos y escudos. Los chicos recobraron algo de su confianza y corrieron a apelotonarse junto a las ventanas para poder mirar a través de los cristales. Ocho o diez policías armados se abrían camino pesadamente por el hueco de la escalera del Alma Rose House, mientras los demás, tensos y con el ceño fruncido, escudriñaban el lugar, buscando a nuestro tirador para intentar hacer algo.

Los chicos aplaudieron cuando lo sacaron a ras-tras. Los aplausos eran la primera señal de que había acabado. Aplaudían a las furgonetas, hacían bromas a los polis; pero los chavales no habían visto lo mismo que yo.

Fui el último en salir de la clase 3Gc; se lo contaría a Sarah, después. Se habría parado en la tienda para comprar un pack de ocho de Stella y una botella de rioja (la única medicina que tenía licencia para dar), pero seguro que correría a casa a estar conmigo, a poner su brazo sobre el mío, su cabeza en mi hombro. Le contaría que los niños habían estado a salvo, y que yo me quedé con ellos mientras Anna Lincoln y Ben Powell corrían a la oficina de la señora Abercrombie a pedir ayuda, aunque Ranjit ya había marcado el 999 cuando llegaron, y probablemente también lo había puesto en Twitter.

Pero yo me había quedado en esa habitación solo un segundo o dos más, lo suficiente para averiguar si aquello era real, si de verdad él estaba haciendo lo que estaba haciendo o si me equivocaba al hacer saltar esa alarma.

Y en ese momento él había vuelto a reírse y a disparar.

Nunca me había sentido tan solo y nunca había sido más consciente de mí mismo. Qué era, qué no era, qué quería.

Y otro atisbo de estrella fugaz surcó el aire a unos pocos centímetros de mi cara, rebotó contra una pared detrás de mí, dispersándose, cayendo para acabar por saltar en el suelo.

Y entonces, doctor, fue cuando se produjo el daño.

O «El daño que ella me hizo»*

Me pregunto si debería empezar con las presentaciones. Sé quién eres tú: eres la persona que está leyendo este libro. Por la razón que sea y en el sitio que sea, ese eres tú, y pronto seremos amigos, nunca me convencerás de lo contrario. ¿Pero yo?

Yo soy Jason Priestley.

Y ya sé qué estás pensando. Pensarás: «¡Dios mío! ¿Es usted el mismo Jason Priestley, nacido en Canadá en 1969, famoso por su papel de Brandon Walsh, el centro moral de *Sensación de vivir: Beverly Hills 90210*, la serie americana de éxito?».

Y la sorprendente respuesta a tu tan sensible pregunta es no. No lo soy. Soy el otro. El Jason Priestley de treinta y dos años que vive en Caledonian Road, encima de una tienda de videojuegos, entre un vendedor de periódicos polaco y ese sitio que todo el mundo

* Todos los títulos son canciones del dúo Hall & Oates. Traduzco, pero el lector encontrará en nota al pie el título original; en este caso es *(She) got me bad*. (N. de la T.).

pensaba que era un burdel, pero no lo era. El Jason Priestley que renunció a su trabajo como subdirector de departamento en una mala escuela del norte de Londres para tratar de hacer realidad su sueño de ser periodista después de que su novia lo dejara, pero que ha acabado soltero, yendo a restaurantes baratos y viendo películas horribles para poder escribir sobre ellas en ese periódico gratuito que te dan en el metro y que no lees aunque lo cojas.

Sí, ese Jason Priestley. También soy el Jason Priestley con un problema. Verás, justo delante de mí, justo aquí, en esta mesa, justo delante de mí, hay una cajita de plástico. Una cajita de plástico que podría cambiar las cosas. O, al menos, hacer que fueran diferentes.

Y ahora mismo, me conformaría con que fueran diferentes.

No sé qué hay en esa cajita de plástico, y no sé si alguna vez lo sabré. Ese es el problema. Podría saberlo: podría haberla abierto inmediatamente y sacar su contenido, y podría saber de una vez por todas si alberga alguna... esperanza.

No obstante, si lo hago y resulta que sí hay motivo para la esperanza, ¿qué pasa si todo se queda en eso? ¿Y si la esperanza queda reducida a la nada?

Porque hay algo que odio de verdad de la esperanza, que, incluso, desprecio de la esperanza, algo que nadie parece querer admitir sobre ella: que albergar una repentina esperanza es el camino más fácil para una repentina desesperanza.

Sin embargo, a pesar de todo, noto que esa esperanza crece ya en mi interior. De alguna manera, sin que yo la haya invitado ni esperado en modo alguno, está ahí. ¿Y en qué se basa? En nada. En nada aparte de la mirada de soslayo que me lanzó y ese atisbo fugaz que tuve de... algo.

Debía de estar en la esquina de Charlotte Street cuando ocurrió.

Debían de ser cerca de las seis en punto, y una chica (porque sí, tanto tú como yo sabíamos que iba a haber una chica; tenía que haberla, siempre hay una chica) lidiaba con la puerta del taxi negro, con las manos llenas de bolsas. Llevaba un abrigo azul y unos zapatos bonitos, así como bolsas blancas y cajas con nombres que jamás había visto; incluso asomaba un cactus de una bolsa de Heal's.

Me disponía a pasar de largo, porque eso es lo que haces en Londres, y para ser sincero, casi lo hice; pero entonces el cactus estuvo a punto de caérsele. Y todos los demás paquetes se movieron de sitio, de manera que tuvo que agacharse para evitar que se le cayera alguno, y durante un momento me transmitió una sensación dulce, delicada e indefensa.

Entonces, masculló unas cuantas lindezas que no diré aquí por si tu abuela llega y se topa con esta página.

Contuve una sonrisa y después miré al conductor del taxi, pero no iba a hacer nada, aparte de escuchar TalkSport y fumar, y entonces (no sé por qué, dado que,

como te digo, estamos en Londres) le pregunté si podía ayudarla.

Ella me sonrió. Me dedicó una increíble sonrisa. Y repentinamente me sentí muy hombre y seguro de mí mismo, como un manitas que sabe exactamente qué tuerca comprar. Así que de repente me veo sujetando sus bultos y algunas de sus bolsas, y ella apila nuevos paquetes que han aparecido de la nada dentro del taxi, mientras dice: «Gracias, es muy amable de su parte», y entonces surge ese momento. La mirada. La mirada de soslayo de ese *algo* que he mencionado. Y que me parece un comienzo. Sin embargo, el conductor era impaciente y el aire de la noche frío, y supongo que yo era demasiado británico para decir nada más, y entonces sucedió: «Gracias», y esa sonrisa de nuevo.

Cerró la puerta, y observé cómo se iba el taxi, con las luces traseras fundiéndose en la ciudad, arrastrando ruidosamente con él la esperanza por el suelo como si fuera un montón de botes.

Y entonces, justo cuando el momento pareció acabarse, bajé la mirada. Tenía algo en las manos. Una cajita de plástico. Leí lo que había escrito en la parte delantera.

«Un solo uso. 35 mm. Cámara desechable».

Quise gritar al taxi, levantar la cámara y asegurarme de que la chica sabía que se había dejado algo. Y durante un segundo mi cabeza hirvió de ideas; tal vez cuando ella volviera corriendo, podría sugerirle tomar un café, y entonces estaría de acuerdo con ella

cuando dijera que lo que realmente necesitaba era una enorme copa de vino, y después pediríamos una botella, porque salía mejor de precio, y llegaríamos a la conclusión de que no deberíamos beber con el estómago vacío, y así, sin más, dejaríamos nuestros trabajos, compraríamos un barco y empezaríamos a hacer queso en la campiña.

Sin embargo, nada ocurrió.

Ni chirrido de neumáticos, ni pausa, ni crujido al frenar, ni luces delanteras, ni carreras, ni chica sonriente con zapatos bonitos y un abrigo azul.

Tan solo un nuevo taxi que se detuvo para que un hombre orondo pudiera salir junto a un cajero automático.

¿Ves por qué digo lo que digo sobre la esperanza?

—A ver, antes de que sigamos adelante —dijo Dev, mientras sujetaba el cartucho y le daba golpecitos suavemente con el dedo—, hablemos del nombre: «Altered Beast».

Miraba fijamente a Dev, con una expresión facial que pretendía ser bastante neutra. No importaba. Desde que lo conozco, dudo que me haya visto poner muchas expresiones aparte de la neutra. Probablemente piense que esa ha sido mi mirada desde la universidad.

—A ver, no solo incluye misticismo, por supuesto, sino también intriga, además de usar la cultura y la mitología romana.

Me giré y miré a Pawel, que parecía ligeramente traumatizado.

—Bueno, y ahora viene lo más interesante sobre los efectos de sonido —dijo Dev, y apretó un botón de su llavero, y se oyó un ruidito distorsionado que sonaba como si intentara decir *Wise Fwom Your Gwaaave!**.

Entonces, levanté la mano.

—Sí, Jase, ¿tienes alguna duda?

—¿Por qué llevas ese ruido en tu llavero?

Dev suspiró de manera ostentosa.

—Vaya, disculpa, Jason, pero intento explicar a Pawel cómo eran los primeros juegos de Sega Mega Drive que se desarrollaron a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa. Lamento que tengamos que dejar de lado tu pasión personal por el dúo musical americano Hall & Oates, pero Pawel no ha venido aquí para eso, ¿verdad?

Pawel se limitó a sonreír.

Pawel sonríe mucho cuando visita la tienda. Normalmente lo hace para recoger el dinero que Dev le debe por los almuerzos. A veces me dedico a observar su cara mientras él deja vagar su mirada por el suelo, observa antiguos y amarillentos pósteres de *Sonic 2* o *Out Run*, cartuchos o copias manoseadas de revistas viejas, y hojea revistas dedicadas a plataformas o videojuegos de matar que ahora parecen garabatos de niños pequeños. Dev le dejó que se llevara prestada una Mas-

* Es una cita del videojuego clásico *Arcade* de 1988, deformación de la frase *rise from your grave*, es decir, «levántate de la tumba». La frase la pronuncia Zeus para levantar de su tumba al centurión que rescatará a su hija Atenea, lo que supone el objetivo del juego. (N. de la T.).

ter System y una copia de *Shinobi* el otro día. Resulta que a mediados de los años ochenta, en la Europa del Este, no era fácil conseguir muchas Master Systems, y mucho menos ninjas. No le dejaremos que se lleve la Xbox, porque, según Dev, podrían explotarle los ojos.

— En cualquier caso — dijo Dev —, el nombre de la propia tienda, Power Up!, se debe a...

Y empiezo a darme cuenta de qué está haciendo. Intenta aburrir a Pawel para que se vaya. Dominar la conversación. Incordiarlo hasta lograr que se vaya, como suelen hacer los hombres con conocimientos inútiles. Lanzando expresiones como: «¡Ah! ¿No lo sabías?» o «Seguro que estarás al tanto de que...», tratándolo con condescendencia para así frustrarlo y ganar.

Probablemente no lleve suficiente dinero en efectivo para pagar la comida.

— ¿Cuánto te debe, Pawel? — pregunto, mientras pesco un billete de cinco en mi bolsillo.

Dev me lanza una sonrisa.

Adoro Londres. Adoro todo lo relacionado con esa ciudad. Adoro sus palacios, sus museos y sus galerías, por supuesto; pero también adoro su suciedad, su mugre y su peste. Bueno, está bien, tal vez «adorar» no sea el término exacto. Pero no me molesta. Ya no, porque me he acostumbrado. Las cosas dejan de molestarte cuando te acostumbras a ellas. Ni el grafiti que te encuentras en tu puerta una semana después de haberla

pintado, ni los huesos de pollo y latas de sidra que tienes que apartar antes de sentarte para hacer un picnic húmedo y con barro. Ni los puestos de comida rápida siempre cambiantes —De AbraKebabra a Pizza the Action o Really Fried Chicken— y todos situados en una calle principal, que a pesar de cambiar de nombre tres veces por semana no parecen muy diferentes. Su cursilería puede resultar reconfortante; su obstinación, inspiradora. Es el Londres que veo todos los días. Es decir, los turistas se dedican a ver el Dorchester, van a Harrods y ven a hombres vestidos con pieles de oso y van a Carnaby Street. Muy raramente ven la Happy Shopper en Mile End Road, o la sosa discoteca de Peckham. Después, encaminan sus pasos al palacio de Buckingham, y ven ondeando en lo alto la bandera roja, blanca y azul, mientras el resto de nosotros pedimos *dansak* del Tandoori Palace, y vemos a Simply Red, a White Lightning y a Duncan de Blue.

No obstante, también deberíamos estar orgullosos de eso. O, como mínimo, acostumbrados. Podrías encontrar un poco de Polonia en un extremo de Caledonian Road en estos días, o un poco de Portugal en Stockwell, o de Turquía por todo Haringey. Desde que llegaron las tiendas, Dev ha usado su hora del almuerzo para explorar una cultura completamente nueva. Ya lo hacía en la universidad, cuando conoció a una chica boliviana en el club número uno de Leicester, Boomboom. Mientras yo estudiaba inglés, durante un mes más o menos, Dev estudió boliviano. Cada noche

se conectaba a Internet y esperaba diez minutos a que se cargara una sola página, antes de imprimirla y empollarse expresiones en español con la esperanza de toparse con ella de nuevo, pero sin llegar nunca a conseguirlo.

— ¡Los hados! — solía decir—. ¡Ah, los hados!

Ahora tocaba el turno de Polonia. Se recrea en la pronunciación de la *z* del queso *szynka* al tiempo que proclama que es el mejor queso que ha probado nunca, ignorando el hecho de que está procesado, va en paquetitos de plástico y sabe exactamente como el Dairylea. Compra *Krokiety*, *Krupnik* y más queso, junto con un jamón rosa brillante y sintético, con tropezones en todas las lonchas sosas y amarillentas. Una vez se compró una *beetroot*, pero no se la comió. Además, si es el final del día, se asegurará de que cualquier cliente que todavía ande por allí lo vea con un par de *Paczki* y una copa de *Jezynowka*. Y una vez que ha quedado lo suficientemente claro y preguntan qué demonios está comiendo, dirá: «Oh, son estupendos. ¿Nunca has comido un *Paczki*?», y entonces creerá que parece muy internacional y se sentirá complacido consigo mismo. Pero no hace nada de eso para alardear. En realidad, no. Tiene un buen corazón y pienso que él cree que es cordial e informativo; no obstante, sigue siendo la forma más vaga de turismo que hay. Nadie que conozca se limita a sentarse, a jugar a videojuegos y a esperar que, con cada nueva tanda, llamen a su puerta los países, a los que suele llamar «nuevecitos». Él te

dirá que quiere ver mundo; pero, en realidad, prefiere hacerlo desde la ventana de su tienda.

Hombres de todas partes acuden a comprar aquí. Hombres que intentan recuperar algo de su juventud o completar una colección o encontrar ese juego que tan bien se les daba. Tenemos cosas nuevas, claro, pero las justas para sobrevivir. No son la razón por la que la gente viene. Y cuando lo hacen, a veces pillan la referencia de lo de «Power Up!»*. Después de eso, solo es cuestión de segundos que Dev mencione a Makoto Uchida, y eso suele ser suficiente para establecer su superioridad ahuyentando a su interlocutor, quizá después de que este haya comprado una copia de dos libras de *Decap Attack* o *Mr Nutz*, pero probablemente no.

Lo que Dev vende se reduce prácticamente a nada, pero prácticamente nada parece suficiente. Su padre es el propietario de varios restaurantes en Brick Lane, así que le paga los suministros básicos y, con lo poco que consiga de más, Dev puede comprarse su *Szazinska* de jamón veteadado, al ritmo que quiera. Además, ha sido bueno conmigo, así que no debería juzgarlo. Perdí una novia y un piso, pero gané un compañero de piso y un alquiler virtualmente inexistente a cambio de unos cuantos turnos de tarde y un suministro semanal de *Krokiety*.

Hablando de lo cual...

* Los Power-Up son los objetos que en los videojuegos conceden beneficios o habilidades añadidas. (N. de la T.).

—Vale, tenemos *Żubr* o *Żywiec*. ¡Elige! —dijo Dev, levantando las botellas.

Yo no estaba seguro de poder pronunciar ninguno de esos nombres, así que señalé la que tenía menos letras.

—Ah, espera, creo que tengo un poco de *Lech* en alguna parte —dijo él, pronunciándolo como «Letch», y acompañándolo de una risita. Dev sabe que se pronuncia «Lec», porque se lo preguntó a Pawel, pero prefiere decir «Letch» porque así puede soltar su risita.

—El *Żubr* está bien —dije, algo que nunca había hecho, y él me abrió la tapa y me lo pasó.

Me miré de soslayo al espejo que tenía detrás de mí. Parecía cansado. A veces me miro y pienso: «¿Esto es todo?». Y entonces me contesto: «Sí, así es». Literalmente quiero decir que ese es el mejor aspecto que tendré jamás. Mañana mi aspecto habrá empeorado ligeramente, y así seguirá, para siempre. Definitivamente, debería comprarme Berocca.

Llevo el corte de pelo de un treintañero. Hasta hace poco, llevaba camisetas guays e irónicas, hasta que me di cuenta de que la verdadera ironía era que me hacían parecer menos guay.

Soy demasiado mayor para experimentar con mi pelo, pero demasiado joven para haber encontrado el estilo que me llevaré a la tumba. Ya sabes, ese que todos acabamos llevando, si somos lo suficientemente afortunados como para que nos quede algo de pelo. El peinado plano y aburrido de todos los hombres que llevan una

camiseta enorme en un complejo vacacional con todo incluido, bufé de desayuno, rodeado de niños desagradables y una mujer pasivo-agresiva con la que ha unido fuerzas en una unidad mental para aplastar las ambiciones de su marido, igual que él ha aplastado su peinado.

Me digo que yo soy algo mejor, o que mis ambiciones son heroicas y que valen la pena. Soy un hombre entre estilos, eso es todo, y hay millones como yo. Estoy en esa etapa incómoda entre el veinteañero y el cuarentón. Una etapa que he decidido llamar «el hombre treintañero».

A veces me pregunto qué diría el texto bajo mi foto en *Vanity Fair*, el día que escribiera la noticia de portada y decidieran darle mucha importancia:

Peluquería a cargo de Angela de Toni & Guy, cerca de la estación de Angel, le huelen los dedos a nicotina y dice «axe» en lugar de «ask». Fragancia: Lynx Africa (para hombres). 2,76 libras, Tesco Metro, Charing Cross. Reloj: Swatch. («Lo compré impulsivamente en el aeropuerto de Ginebra —confiesa él, riéndose ligeramente, mientras come una ensalada niçoise—. Nuestro avión salía con tres horas de retraso y ¡ya me había comprado un Toblerone!»).

Ropas: las propias del modelo (con un agradecimiento especial a la tarjeta de descuento Topman VIP 10%, gratuitamente disponible para todo el mundo).

Pero no estoy tan mal. Una modelo española a la que conocí en un bar español en Hanway Street, y con la que una vez tuve una cita pasable, dijo que tenía un

aspecto «muy inglés», lo que yo interpreté como que tenía un aire a Errol Flynn, aunque más tarde descubrí que este era australiano.

—Menudo día —dijo Dev, suspirando con demasiada fuerza para ser un hombre que tampoco es que exprima mucho su jornada—. ¿Y tú? ¿Y el tuyo?

—Bueno —dije—, ya sabes, pasable. —Sin embargo, quería decir lo contrario.

Había sido un mal día desde el momento en que me había levantado esa mañana. No quedaba leche, pero eso no es raro, y el cartero había golpeado y cerrado nuestro buzón con estrépito, pero cuando de verdad me quedé hecho polvo y con un nudo en el estómago fue cuando encendí el ordenador y me conecté a Facebook, si bien sabía que algo así pasaría tarde o temprano.

«... Se lo está pasando como nunca en su vida».

Nueve palabras. Una actualización de estado. Y junto a ella, el nombre de Sarah, que podía clicar con toda facilidad, así que lo hice. Y allí estaba ella, pasándose como nunca en su vida. «Basta —pensé—. Levántate y date una ducha». Pero cliqué en sus fotos. Estaba en Andorra. Con Gary. Pasándose como nunca en su jodida vida. Cerré con fuerza el ordenador portátil. ¿Es que no le importaba que yo viera aquello? ¿No se daba cuenta de que esas fotos irían directas a mi pantalla, a mi estómago?

Esas fotos..., esas instantáneas... tomadas desde el punto de vista y el ángulo desde el que yo solía verla. Pero ahora no soy yo quien está tras la cámara. Esos

recuerdos no son míos. Así que no los quiero. No quiero verla morena y feliz, y sin mangas. No quiero verla al otro lado de una mesa con un cóctel y una mirada de alegría y amor y dicha en su cara. No quiero buscar y tragarme los pequeños detalles sin sentido y dolorosos: compartían un Margarita, los rizos de su pelo se habían aclarado por el sol, ya no llevaba el collar que le regalé; no quería ver nada de todo eso. Y, sin embargo, abrí el portátil y volví a mirarlo, me empapé de aquello, me lo tragué absolutamente todo. No fui capaz de evitarlo. Sarah se lo estaba pasando como nunca, y yo..., bueno. ¿Qué?

Comprobé cuál había sido mi última actualización. Jason Priestley está... *tomándose una sopa*. Dios mío. Qué dolor. Ey, Sarah, sé que has salido y que estás pasándotelo en grande y todo eso, pero no olvidemos que el último miércoles me tomé una sopita.

¿Por qué no la eliminaba de mis amigos sin más? ¿Por qué no la sacaba de la ecuación para que Internet volviera a ser un lugar seguro? Por la misma razón por la que seguía habiendo una foto suya en mi cartera. La que le hicieron en su primer día de trabajo, con sus grandes ojos azules y vestida de Louis Vuitton. No había tenido la entereza suficiente para hacerla trizas o tirarla. Parecía tan... definitivo. Como si me rindiera o algo así. Pero sabía que había otro problema; en mi interior, sabía que un día ella me borraría. Entonces realmente todo habría acabado y no sería decisión mía. Y entonces estaría muy jodido. Una parte de mí esperaba que no lo hiciera, que de algún modo, en ese bol-

so de maquillaje y *Grazia* y Kleenex, en alguna parte hubiera una foto mía...

Y sí, ahí vuelve a aparecer la esperanza.

Sin embargo, un día, será cruel y casualmente aplastada y yo quedaré olvidado, probablemente justo antes de que Sarah tome la decisión de que Gary y ella deberían vivir juntos, o de que deberían comprometerse, o de que ambos deberían hacer otro pequeño Gary, al que llamarán Gary, y que será igualito que el maldito Gary.

Probablemente esté sentado ahí, solo, cuando finalmente decida borrar-me. En una habitación gris con un edredón de ositos de peluche encima de una tienda de videojuegos que está junto a ese sitio que todo el mundo pensaba que era un burdel pero que no lo era. Una ocurrencia tardía, si es que llegaba a eso. Me había quedado mirando fijamente una pantalla que me informa de que no puedo seguir obsesionado con su vida. Que ya no soy jodidamente merecedor de ver sus fotos, de ver quiénes son sus amigos, de averiguar cuándo tiene resaca o sueño, o cuándo llega tarde al trabajo. Y de que a ella ya no le interesa que yo me tome una sopa.

Mi vida. Borrada. Miseria. Y aún podría ser peor. Podríamos habernos quedado sin *Žubr*.

Una hora más y nos quedaríamos sin *Žubr*. Dev sugirió que fuéramos al Den, un pequeño pub irlandés situado junto a la ferretería, a medio camino hacia King's

Cross, y yo dije que sí, por qué no. Nunca se sabe. Quizá me lo pasara en grande.

—Ah, eso quería oír —dijo Dev, agitando una mano en el aire—. ¿Quién quiere ir a Andorra, de todos modos? ¿Qué virtudes tiene?

Sonaban The Pogues y para entonces ya estábamos un poco borrachos.

—El paisaje. Las compras libres de impuestos. El hecho de que tenga dos jefes de Estado (el rey de Francia y un obispo de España). —Una pausa.

—Has entrado en Wikipedia, ¿verdad? —Asentí—. ¿Existe un rey de Francia? —preguntó Dev.

—Bueno, presidente, como quieras, no consigo acordarme. Lo único que sé es que es un sitio al que vas y te lo pasas como nunca antes en tu vida. Con un hombre llamado Gary justo antes de tener un montón de pequeños Garys, todos los cuales serán pequeños bebés traviesos, y después te compras un barco y te vas a hacer queso a la campiña.

—¿De qué narices hablas? —dijo Dev.

—De Sarah.

—¿Está teniendo pequeños bebés traviesos?

—Probablemente —farfullé—. Probablemente ahora mismo ha echado otro. Esos bebés traviesos acabarán apoderándose del mundo. Se extenderán y multiplicarán, como en *Aracnofobia*. Se pegarán a las caras de la gente y los machacarán con sus puñitos.

Dev tomó en consideración mis palabras de prudencia.

—Antes no eras así —dijo—. ¿Qué ha pasado contigo? ¿Quién es este gruñón?

—Soy yo —dije—. Soy el señor Gruñón. Llamé a casa la semana pasada y mi madre empezó: «¿Nunca vuelves por Durham? ¿Por qué nunca vienes a casa?».

—Bueno, ¿y por qué no vas?

—Porque es un recordatorio, ¿no lo ves? Es ir hacia atrás. Necesito solucionar las cosas en Londres antes de volver. Además, Sarah no tiene ese problema. Va a tener un montón de bebés traviesos.

—No creo que sean traviesos. Pensaba que Gary era algo así como un inversor de banca, ¿no?

—Eso no significa que sus bebés no sean traviesos —dije, apuntando con el dedo hacia el aire para demostrar que no iba a aceptar ningún tipo de contradicción en ese asunto—. Es exactamente el tipo de hombre que tiene un bebé travieso. Un pequeño cabeza rapada. De esos que se pasan el día gritando.

—Pero solo será un bebé —apuntó Dev.

—Vale, vale —dije—, pero procura que no te toque alimentarlos después de medianoche.

Se hizo un breve silencio, que se rompió con una canción de AC/DC. Mi favorita. *Back in Black* (la mejor canción de rock de su tiempo). Durante un momento me animé.

—¡Tomemos otra pinta —exclamé—, una *Žubr*, o una Zyborg!

Sin embargo, Dev me miraba con gran seriedad.

—Deberías borrarla —dijo rotundo—. Simplemente, bórrala. Acaba con todo esto. Líbrate del señor Gruñón, porque el señor Gruñón corre el peligro de convertirse en el señor Gilipollas. Y no soy un experto, pero estoy bastante seguro de que eso es lo que te dirían en *This Morning*, si les llamaras y preguntaras a una de esas señoras mayores que resuelven problemas.

Asentí.

—Lo sé —dije con tristeza.

—¡Eso son dos mil calorías! —aseguró Dev—. ¡Dos mil! Lo he leído en el periódico.

—¿Lo leíste en mi periódico? —pregunté.

Después de varias pintas en el Den, nos tomamos la última e hicimos una parada en Oz para coger un kebab de camino a casa.

—Yo soy el que te lo enseñó y te dijo: «¡Lee esto! ¡Pone que los kebabs contienen dos mil calorías!».

—Sí, como tú quieras, pero lo leí. Solo digo que dos mil calorías son muchas para un kebab. Aunque tampoco te irían mal.

—¿Cómo que no me irían mal?

—Cubrirían tu estómago con grasa, y así, cuando el apocalipsis llegue, estarás mejor preparado. Sobreviviremos más tiempo. ¡La gente barrigona heredará la Tierra!

Dev soltó un gritito tipo «¡yuhu!», pero después empezó a toser por la salsa picante. Está un poco obsesionado con el apocalipsis, tras años de recorrer pai-

sajes postapocalípticos, buscando objetos y luchando contra escarabajos gigantes en videojuegos, lo que considera un «entrenamiento importante».

En ese mismo momento, tenía problemas para introducir la llave en la puerta. En un apocalipsis perderías puntos por eso. También por llevar gafas, pero son una parte importante de Dev. Tiene un coeficiente intelectual que ronda el 146, según no solo un psiquiatra al que visitó cuando tenía cuatro años, sino también según una prueba interactiva que hizo en la tele, de lo que me enorgullezco cuando estoy borracho, aunque nunca pensarías que se acerca al 146 al hablar con él. Ha intentado participar en cuatro de las muchas temporadas de *The Apprentice* que ha habido, pero por alguna razón todavía tienen que dar una respuesta positiva a este copropietario de una muy pequeña tienda de videojuegos en Caledonian Road; esta anécdota me parecería graciosa si no supiera que ese rechazo le rompe el corazón.

Sería fácil argumentar que Dev se quedó en los catorce años. Sus intereses, sus maneras con las chicas, incluso su aspecto. Cuando Dev tenía catorce años, su abuelo murió y eso tuvo un gran impacto en su vida. No solo porque fuera emocionalmente traumático, aunque por supuesto lo fue, sino porque al padre de Dev no le gustaba malgastar el dinero. Y el año anterior, Dev había empezado a darse cuenta de que él no era como los otros niños. Solo cosas pequeñas: no podía ver un cartel, no podía leer un reloj, y continuamente y con gran facilidad se caía de la cama. Era miope.

Su padre es un hombre de negocios, así que pensó: «¿Para qué pagar por una montura nueva cuando hay al alcance de la mano una totalmente gratuita?».

Así que a Dev le dieron las gafas de su abuelo. ¡Las de su abuelo! Tres días después de su funeral. Con lentes nuevas, obviamente, pero se las entregó un compañero de su padre, en Whitechapel Road, y eran de plástico barato y desgastado. Dev tuvo que soportar los siguientes cuatro años las burlas de todo el mundo por tener una cara de niño y llevar las gafas de un anciano, como cuando un niño pequeño se pone las gafas de su madre. Intentó dejarse crecer un bigote para compensar, pero eso solo le hacía parecer un dictador militar.

Y nunca se compró un par nuevo. ¿Por qué iba a hacerlo? Había encontrado su *look*. Y entonces, empezó a ser una ventaja para él. En la universidad, primero pensaron que aquella montura gruesa y negra quedaba un poco extraña en la cara de aquel novato raro, pero fueron un objeto que le hacía sentirse seguro el primer año, una excentricidad o una extravagancia en segundo, y, según esperaba él, un imán para las chicas en tercero (cosa que no ocurrió).

No obstante, más adelante, cuando las sumabas al pelo, que no se molestaba en cortarse, y a las camisetas que conseguía gratis o bien compraba en eBay por una libra y un penique, las gafas denotaban confianza en sí mismo. Esas gafas gritaban..., bueno, gritaban: «Dev».

Las chicas extranjeras, que no lo entendían, pero a quienes les gustaban las chaquetas brillantes, pensaban que tenía un aspecto guay.

— ¡Venga! — dijo finalmente desde el otro lado de la puerta golpeando el pasamanos con el puño mientras trotaba escaleras abajo—. Sé que puede animarte.

Una vez en el piso, Dev lanzó su kebab sobre la mesa y se dirigió a la cocina, donde empezó a trajinar entre tazas y a hacer ruido moviendo cosas de su sitio.

Yo me arrastré hasta mi dormitorio y encendí mi portátil, con gesto decidido.

Tal vez debería hacerlo, pensaba. Simplemente borrarla. Seguir adelante. Olvidarme. Actuar como un adulto. Sería fácil, y así podría encender mi ordenador sin ese dolor mezquino y tonto, sin pensar que tal vez fuera algo malo. Podría seguir adelante con mi vida.

Entonces, oí a Dev gritar: «¡Ahá!», mientras yo me conectaba a Internet.

— ¡Lo he encontrado, Jase! ¡La primera botella de *Jezynowka*! ¡Brandy de arándanos! ¿Qué te parece si encendemos la Nintendo 64, nos bebemos el *Jezynowka* y jugamos a *GoldenEye* toda la noche?

Pero yo no escuchaba. Para nada. Solo intentaba adivinar lo que decía. Podría haber estado rompiendo jarrones y componiendo canciones racistas, porque yo estaba alelado, conmocionado y no sé qué más, por lo que veía en la pantalla.

En esa ocasión, una palabra había bastado.

Una palabra que me golpeaba en los dientes, que hacía trizas mi esperanza y se burlaba de mi familia.

—¿Jase? —dijo Dev, que de repente había aparecido en el umbral de la puerta—. ¿Quieres ser James Bond o Natalia?

Pero yo no me giré para mirarlo.

Mis ojos estaban inundados de lágrimas y podía sentir cada pelo de mi cuerpo, porque lo único que podía ver eran las palabras «Sarah Bennett está...» y después la última, esa maldita y jodida palabra.